

tanto/ como/ exijo? Me respondo:/ ¿Me respondo?

La ilustradora del poemario, Amanda Maroto, ha dibujado a la flor del Jacinto muy colorida, como si enarbolase la bandera de la libertad. Amante de los animales y de las Bellas Artes, la ilustradora del poemario retrata divinamente la última mirada del desaparecido *Blas*, clavada en el cerebro del poeta «como una lanza», y a la hormiga de «Pisando una Hormiga», gigante, para que así no pueda ser pisada por nadie.

Pero en ese lado más sombrío de la luna no sólo están o los que atentan contra los débiles o los desleales, «sólo / la poesía / se pregunta / dónde van a clavarse / las flechas perdidas / de los traidores» sino también los inocentes, o los que pasaron por allí –por su vida– antes de su bautismo lumínico-lunático: la España desangrada, el pueblo inmisericorde, los padres temerosos, el hermano muerto, todo ello se presenta en el libro en un pack gris sepia, vinculado inefablemente a lo irremediable, al miedo, a los fantasmas, y a las «pocas alegrías y demasiadas penas compartidas», señala en su poema «Retrato de familia».

Por primera vez, Maroto ha abordado más de frente los puntales quebrados de su intimidad. Lo relata en su poema «Los días relevantes», que da el título al libro; a ese punto en el tiempo en que sus días comienzan a ser relevantes le pone fecha en el poema: un verano de 1970 en que un taxi se lo llevó del pueblo a la ciudad, «fue el primero de mis días relevantes».

En el taxi el poeta no olvidó nada, ni siquiera el poso de tristeza que dejó en él para siempre la tétrica imagen como de postal de «peli» de Amenábar: sus padres

inmóviles contemplando su huida, eran «los otros», seres vistiendo oscuridad ya fuera de su mundo y alejados de la relevancia que da la luz, la luz como metáfora de la poesía, tras esos seres abatidos no está la casa de Grace Stewart (Nicole Kidman) pero sí otro espacio para la desolación, su «Patria Chica» titula el poema, seca, humilde, descalabrada... de Cristos desangrados, y sus habitantes, que parecen –para nada lo son sino todo lo contrario– incompatibles con la poesía; uno de ellos su propio padre: «en este momento / que no veo / poesía por ningún lado / te recuerdo padre» escribe en el poema que dedica a su padre «Para pensarte»: «qué pena que te dejara tan solo / cuando la vida nos impedía / mirarnos de frente», le dice en un verso desesperado ante un tránsito, el de muerte, para él intransitable.

Ese afronte valiente y sin subterfugios de lo que anida en sus entrañas, esa mochila abierta que parecía hasta ahora inabordable, esos muertos tan vivos y esos vivos tan muertos –«lo vivo, lo muerto / lo dulce, lo amargo»–, esos aspectos de su vida de los que siempre quiso huir sin conseguirlo del todo, los muestra ahora como un desafío sin piedad para nadie –quizás ni para sí mismo–, pero también sin complejos y sin culpa, sólo con pena –una pena honda, arrastrada con valentía hacia la luz desde lo más profundo– y nos da cuenta de la trascendencia de estos poemas, alejados del juego frívolo y que reflejan la vida y la personalidad del autor, y de la relevancia –nunca mejor dicho– de un libro del que él mismo dice que cree que es «más verdad». «Y la verdad, hacia mí se abalanza, me atropella», diría Guillén”.

María Cruz Magdaleno